

Acerca del Pensador Profesional

Christian Schumacher
Departamento de Filosofía
Universidad Nacional de Colombia

Queridos colegas, queridos estudiantes, queridos amigos de la filosofía; o sea: ¡queridos filósofos!

Hoy deseo darme un pequeño gran lujo; deseo avanzar esta ponencia sin la interferencia de cita erudita alguna, sin notas de pie de página, sin citas textuales o contextuales de pensadores de variadas épocas, sin amplio aparato bibliográfico para sustentar las hipótesis expuestas y arriesgadas. En otras palabras, deseo darme el lujo de prescindir al menos por unos minutos de la corsetería académica y compartir con Uds. algunas ideas, en forma de ensayo, en torno a la noción del pensador profesional.

Deseo darme este lujo porque hoy estamos celebrando una fecha de lujo: los cincuenta años de existencia del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia. Considerando que la historia de la filosofía occidental se mide por milenios, cincuenta años pueden parecer un lapso de tiempo menor, casi insignificante. Pero no nos podemos confundir tan fácilmente: la experiencia nos enseña que la juventud no siempre va en detrimento de la belleza, y que la calidad no es una covariante de la cantidad.

Además, lo de la cantidad siempre es muy relativo. Desde una perspectiva adecuada 50 años son un lapso de tiempo considerable. Podríamos, por ejemplo, hacer notar que 50 años equivalen desde el punto de vista de la sociología cultural a dos generaciones o ciclos ideológicos, y que desde la segunda generación en adelante no nos encontramos en el presente sino en plena creación de historia cultural nacional. Podríamos también hacer notar que 50 años equivalen a 8 o 10 generaciones estudiantiles, dependiendo de cómo se cuente y cuantas veces se entre en huelga al contar. Y no importa realmente si son 7, 9 u 11; la magnitud ya me parece tan significativa como para tomarla como punto de partida para estas reflexiones.

Supongamos entonces que, desde su fundación, el Departamento ha visto pasar por sus aulas a 10 generaciones de estudiantes. Mis preguntas para hoy son: ¿qué hizo el departamento con ellos? O mejor (ya que no soy historiador sino filósofo especulador): ¿qué debería haber hecho con ellos? Mejor aún: ¿por qué debería haber hecho algo con (o por) ellos?

Aclararé primero cómo me surgieron esas preguntas. Como nietos lejanos de la ilustración pero hijos cercanos del romanticismo que somos, la noción de un “departamento de filosofía en universidad pública en Colombia” nos suena a *contradiccio in adjecto*, una imposibilidad en sí, un *Ding* totalmente *außer sich*. No es acaso filosofía ese algo profundo que nace de la inspiración del

pensador, quien, bordeando constantemente el delgado filo que separa la genialidad de la locura, nos deja un legado inmortal ante el cual la única reacción posible es la veneración? ¿Y no es, en este orden de ideas, el ente público colombiano su completa y más radical antítesis?

Sí, en efecto, estoy de acuerdo que esto es una caricatura. Es una caricatura, pero no una tergiversación de nuestro estado mental tácito referente a la filosofía y el quehacer filosófico. Recordemos aquella célebre foto de Schopenhauer que resume de manera tan precisa nuestros prejuicios culturales con respecto al filósofo: melena despeinada, cara demacrada y una mirada que revela una fuerte sobredosis... supongamos que de filosofía. Y si bien la imaginación es la facultad más ilimitada del hombre, un viejo hábito mental y cultural impide asociar algo práctico con nuestra imagen de filósofo ejemplar. ¿Schopenhauer filósofo en universidad pública en Colombia? ¿acaso entregando sus escritos juiciosamente al comité de puntaje o marchando a favor de una nivelación salarial? ¿o, paradoja máxima, inspirándose en las instalaciones de la biblioteca central?

Obviamente, nuestra tradicional y bienamada imagen de filósofo choca con nuestra imagen de la realidad académica nacional. Esto puede tener dos causas posibles: o algo está mal con la imagen del filósofo, o algo está mal con la imagen de la realidad académica nacional. En lo que sigue voy a defender la arriesgada hipótesis de que, independientemente de los actuales y posibles defectos de la educación superior en Colombia, la culpa de la contradicción la tiene la imagen romántica del filósofo y de la filosofía.

Para este efecto, volvamos a la pregunta inicial: ¿qué debería hacer un Departamento de Filosofía con los estudiantes de filosofía? En otras palabras, ¿cuál debería ser el resultado de un estudio de la filosofía? Considerando nuestras mencionadas asociaciones románticas con respecto a la palabra "filosofía", es altamente sospechosa la abundancia del término en la formulación de las preguntas. Tretamos entonces de buscar términos más neutrales que nos permitan abordar el tema sin caer en la trampa del prejuicio cultural hacia la filosofía.

Una de las más venerables denominaciones del filósofo es la de "pensador". Como en principio pensar no puede ser malo y está comprobado que los filósofos piensan, considero que podemos quedarnos con el término como denominar genérico. Sin embargo, el término necesita de cierta calificación para no permanecer en la vaguedad. La característica genérica del egresado de una carrera universitaria es su profesionalismo. En este sentido podemos entonces suponer que un Departamento de Filosofía debería producir precisamente eso: pensadores profesionales.

Pero ¿qué es un pensador profesional, y cómo se puede formar? Pero esta es una pregunta tramposa, ya que habíamos definido que un pensador profesional es aquel que se gradúa en un departamento de filosofía de una universidad.

Entonces, analicemos más en detalle qué significa el estudio académico de la filosofía.

Desde el punto de vista de la filosofía académica, este siglo pienso que ha sido especial, ya que hemos experimentado dos tendencias importantes. La primer tendencia es la de la internacionalización del trabajo filosófico, la segunda la de la academización y profesionalización misma del campo.

A primera vista, puede parecer paradójico hablar de una tendencia a la internacionalización de la filosofía. Todos sabemos y podemos distinguir claramente entre la filosofía anglo-sajona, la filosofía continental con sus vertientes más importantes, la filosofía francesa y la alemana, la filosofía latinoamericana, la filosofía oriental, etc. Parece que en nuestros tiempos, como en la mayoría de los tiempos pasados, la filosofía ha sido geográficamente ubicable y por lo tanto, provinciana, a pesar de sus aspiraciones universales.

Sin embargo, a segunda vista el panorama es mucho más complejo. Tomemos por ejemplo el caso de la filosofía “anglo-sajona” o analítica. Ciertamente, muchos de sus más importantes figuras son “anglo-sajonas” (ingleses o del Reino Unido), tales como G. E. Moore, Bertrand Russell, Ayer, Armstrong, Davidson, Hampshire, etc. Pero otras de sus figuras estelares difícilmente se pueden considerar como anglosajonas, ni siquiera, el término se usa muy liberalmente e incluye a los representantes provenientes de los Estados Unidos. Quine, Putnam, Goodman, Goldman, Pollock, formaron el núcleo del círculo de Viena que desarrollaría el positivismo lógico junto con el austriaco Wittgenstein (sin olvidar al austriaco de nacimiento Karl Pooper); pienso en los polacos Alfred Tarski y Witold Lukasciewicz (y en toda la escuela importante de la lógica polaca), pioneros en el desarrollo de la lógica y en el análisis de sus implicaciones filosóficas; pienso en todos los finlandeses como Hintikka, Rantala, Saarinen, Niiniluoto, etc., que tienen ocupado el terreno de las lógicas aplicadas; pienso en la filosofía de la ciencia que parece no tener sitio geográfico alguno después de la disolución forzada del Círculo de Viena y que tiene como figuras al alemán Stegmüller, a los latinoamericanos Moulines y Mario Bunge, etc. Vemos entonces que no hay, geográfica o geo-culturalmente hablando, una filosofía “anglo-sajona”.

Una situación similar la podemos detectar en el caso de la filosofía “francesa” contemporánea. Por un lado, sus figuras más importantes declaran a Heidegger su padre intelectual; por otro lado, muchos de los más importantes desarrollos del post-estructuralismo, desconstructivismo, postmodernismo y relativismo se ubican geográficamente en los Estados Unidos, con autores como Susan Sontag, Feyerabend, Goodman, Todorov, etc.

Entonces parece más bien que los nombres que insinúan una ubicación geográfica de ciertas vertientes de la filosofía opacan y esconden el hecho de que los problemas típicos para cierto estilo de filosofía se trabajan

independientemente de nacionalidades, lenguajes maternos, fronteras naturales, etc.

De cierta manera, entonces nuestro siglo es comparable con la situación en la cual se encontraba el filósofo escolástico de la Edad Media, que desconocía las naciones (solo había una sola cristiandad) y buscaba el contacto con los demás estudiando sin importar su procedencia y su ubicación geográfica. Los viajes del escolástico Guillermo de Ockham o de los humanistas Erasmo de Rotterdam y Tomás Moro, los llevaban por toda la extensión del mundo intelectual de la época.

Hoy en día, gracias a la invención del servicio de correos, el teléfono y el fax, no es indispensable trasladarse físicamente para poder dialogar con los colegas; pero si llegase a ser necesario, además se cuentan con las comodidades del carro, del tren y del avión (mientras que el barco ha caído en desuso). Pero, más importante aún, además de la movilidad personal, contamos con la movilidad de libros y textos, de tal manera que las bibliotecas hoy en día nos brindan posibilidades de conocimiento, sorprendentes realmente incluso en el caso de países como Colombia que (*¿todavía?*) cuentan con un servicio bibliotecario incipiente.

Con el advenimiento de los medios de comunicación y de transporte, es más fácil que nunca considerar a la filosofía como patrimonio realmente universal de la humanidad, como un área abierta a todos en principio y a la cual todos pueden aportar por igual, sin importar su ubicación geográfica ni su procedencia cultural.

Sin embargo, esta internacionalización tiene dos efectos importantes. Por un lado, presupone la creación de lenguajes comunes por medio de los cuales los filósofos puedan comunicarse incluso a través de las barreras de los diversos lenguajes maternos. Por otro lado, la filosofía se convierte más en el producto de un esfuerzo común, que en el resultado de las inspiraciones geniales aisladas. La facilidad de comunicación hace que los resultados de discusiones de detalle puedan ser más fácilmente distribuidos y más rápidamente comentados, lo que en efecto conlleva una nueva manera de hacer filosofía, la “filosofía a pedacitos”. Si bien la filosofía a pedacitos fue declarada programa oficial (o semi-oficial) de la filosofía analítica, es notable que las demás corrientes filosóficas han adoptado el mismo método de producción con éxito considerable.

Nacen entonces dos conceptos importantes, el de la comunidad científica internacional de filósofos que, conjuntamente, determina el desarrollo del área, y la noción de la filosofía como un área del saber que permite el progreso paulatino a través de contribuciones a problemas de detalle dentro del marco de un contexto de problemas específico. El trabajo primordial de la comunidad

filosófica entonces ya no consiste en esforzarse por lograr los “grandes sistemas monolíticos” a través de escogidos miembros de la comunidad, sino en definir los problemas de investigación y resolverlos en conjunto.

La segunda tendencia clara de la filosofía en este siglo es la profesionalización del área dentro de las academias y universidades. Si observamos la historia de la filosofía, vemos que los grandes filósofos en su mayoría han tenido una formación filosófica “formal”; el ejemplo más antiguo es quizás el de Aristóteles. En términos generales, siempre ha sido una buena estrategia estar cerca de filósofos para convertirse en uno de ellos. Sin embargo, también han habido filósofos “natos”, que surgen a través de sus obras de gestión propia. Muchas veces estos filósofos se vinculan a las universidades después de haber escrito sus obras y de haber obtenido el reconocimiento de la academia.

En este siglo, sin embargo, parece que la profesionalización junto con la internacionalización de la filosofía han elevado sustancialmente los niveles de calidad. Hoy en día, la producción de una obra filosófica solo se puede efectuar bajo la supervisión crítica e inescrupulosa de decenas de ojos (en muchos casos incluso anónimos) entrenados para descubrir las menores fallas e inconsistencias y para evaluar sistemáticamente un argumento filosófico por su valor propio. Pienso que hoy en día es *más difícil* pasar por el control de calidad filosófico. Es más, creo incluso que la noción de un control de calidad es el resultado de la filosofía por trocitos. Si la noción de progreso en la filosofía es una noción cumulativa, entonces la comunidad filosófica tiene que velar por la calidad de cada uno de los aportes para poder garantizar y confiar en sus procesos progresivos.

La segunda posible razón para la desaparición del filósofo espontáneo radica en que un mayor nivel de calidad solo se puede lograr con un uso consciente de los métodos y las herramientas filosóficas. La probabilidad de que un filósofo no entrenado formalmente pueda llegar a tener un nivel adecuado de capacidad metodológica se vuelve cada vez más remota, al mismo tiempo que los métodos filosóficos se van refinando y sofisticando cada vez más. Uno de los efectos quizás, más dramáticos de la filosofía por pedacitos es su penetración en cuestiones de detalle. La construcción de grandes sistemas unificados personales, ideal romántico, no se puede preocupar por los detalles y por lo tanto tiene que permanecer inconclusa y superficial. Y sin embargo, muchas veces son la penetración en los detalles y el esfuerzo común los que hacen la diferencia.

Como hijos del romanticismo poco informado, estamos acostumbrados a la imagen del “filósofo nato”, al “genio espontáneo” y posiblemente contemplaremos con cierta nostalgia su posible desaparición. Sin embargo, la profesionalización de la filosofía es un hecho innegable con el que tendremos que contar. Claro está, el romanticismo quizás sea una posición más “calurosa” (habrá incluso aquellos que la consideren más “humana”), y hay quienes retrocedan ante la

“frialdad” de la propuesta de una filosofía profesional. Pero lo de la frialdad es muy relativo. Si es verdad que la filosofía hoy es un oficio más complicado y difícil que nunca, precisamente por eso será también más poderoso, audaz, convincente y progresista que nunca.

La profesionalización de la filosofía tiene dos efectos importantes para nuestro análisis. Por un lado, si sostenemos que la filosofía se ubica esencialmente dentro de la academia y las universidades, esto a su vez significa que *la filosofía es algo que se puede aprender sistemáticamente*. De una manera u otra, siempre habíamos sospechado algo así; pero nuestra imagen romántica de la filosofía nos pudo haber impedido asumir todas las consecuencias de esta sospecha. La consecuencia quizás más inesperada es la siguiente: *se puede ser un buen filósofo a través del aprendizaje sistemático, más seguramente que de la inspiración genial*. La inspiración se vuelve cada vez menos determinante y es remplazada por la aplicación rigurosa de la metodología filosófica. En términos románticos, la filosofía deja de ser un destino y se convierte en un oficio.

El segundo efecto importante es el de la presunción de una utilidad social de la filosofía. La presencia prácticamente universal de departamentos de filosofía en casi todos los países y en universidades tanto públicas como privadas es, a mi parecer, el síntoma de una tácita presunción de la importancia y utilidad social de la filosofía. ¿Invertirían las sociedades de todas las naciones del mundo en la formación y enaltecimiento puramente espiritual de los individuos decididos a estudiar filosofía, existirían departamentos de filosofía pagados con dineros de contribuyentes si la finalidad fuera solamente la de elevar el nivel de cultura general de un muy reducido grupo? Pienso que la inversión - no gigantesca, pero sí sustancial - que hacen las universidades en la formación de filósofos, sólo se puede explicar a través de un interés de aquellas en las funciones sociales que estos puedan asumir en virtud de su formación.

Por ende, la segunda inesperada consecuencia de la profesionalización de la filosofía es la “socialización” y la “desprivatización” del filósofo. Hoy más que nunca el filósofo debe asumir la responsabilidad social que se deriva de lo público de su formación. Ahora bien: es evidente que las sociedades no han definido qué esperan del filósofo y que el compromiso es por lo pronto tácito. Sin embargo, esto no debería detenernos en la búsqueda de tareas que podamos mejor que nadie solucionar. Si la filosofía ha sufrido una “desprivatización”, el filósofo debería salir entonces a conquistar el espacio público, haciendo práctica su formación filosófica.

Pero ¿cómo se pondría en práctica una formación filosófica? ¿No es acaso la filosofía algo muy abstracto y efímero, incapaz de sobrevivir el choque con “el mundo real”? Es más, según una apreciación generalizada, la filosofía consiste en el análisis apriorico de conceptos; de ahí que se infiera falazmente que lo

presuntamente apriórico del análisis filosófico imposibilite la aplicación práctica de sus resultados y métodos. Pero ¿será correcto que la filosofía y la práctica tienen que estar por siempre separadas?

Pienso que una analogía puede ayudarnos. Preguntémonos: ¿cuál es la función social de un ingeniero civil? En términos más generales, la de evaluar la estática de construcciones existentes y la de producir nuevas construcciones estáticamente sólidas. ¿Cuál puede entonces ser la función social de un filósofo, que en contraste con los ingenieros no se preocupa por las construcciones sino por los conceptos? En términos más generales, la de evaluar conceptos existentes y producir ideas nuevas conceptualmente sólidas.

Nótese que, he hablado sobre el contenido de las ideas filosóficas. Otra de las muchas herencias nefastas del romanticismo filosófico es la identificación de la filosofía con sus temas. Obviamente, esta identificación es falaz; la filosofía han trabajado muchos temas que han dejado de ser filosóficos (ejemplo: la teoría de la constitución atómica del mundo); por el otro lado, nuestra experiencia nos muestra que pocos temas han podido resistir la tentación de ser tratados de manera filosófica. La filosofía no consiste en deliberaciones profundas sobre, por ejemplo, la belleza, la justicia y la inmortalidad; consiste en una manera específica de pensar acerca de la belleza, la justicia, la inmortalidad y muchos otros temas, incluyendo la relación lenguaje mundo, la relación de pareja y la relación filósofo - sabiduría.

Quizás la distinción importante aquí no sea la de temas filosóficos y temas no filosóficos, sino la de una filosofía teórica y una filosofía práctica; la primera sería la que se preocupa por aplicar el instrumentario filosófico a temas y la segunda por aplicarlo a la realidad. Aquí, la analogía con las demás ciencias básicas es completa: la física, por ejemplo, se preocupa por aplicar el instrumentario de análisis físico a los temas de interés físico, y la ingeniería como física práctica por aplicarlo al mundo real.

De esta analogía también se deriva que lo que entiendo bajo filosofía práctica no necesariamente, tiene que tener un carácter dramático, no se trata de cambiar el mundo y menos de un tajo, ya que no es ésta la única posible aplicación del método filosófico a la realidad (es más, no estoy del todo convencido, que la filosofía sea aplicable al problema del cambio político en una sociedad). La noción de filosofía práctica es mucho más simple, e incluye mercados laborales que el romántico, aquel tirano idealista, consideraría como muy por debajo de la dignidad filosófica. Son mercados laborales que nos parecen alejados por no pertenecer a la producción cultural tradicional; sin embargo, no está escrito que no puedan ser legítimo objeto de la aplicación del instrumentario filosófico. Para nombrar dos ejemplos: en varios países la publicidad es un campo de trabajo supremamente fructífero para el filósofo, acostumbrado a ver las cosas desde los lados más invencibles y a desconfiar de lo que ordinariamente se denomina

“realidad”, antítesis de la buena propaganda. Igualmente, la fundamentación de la informática y la sistematización son un amplio campo de trabajo para el filósofo, no sólo acostumbrado a definir conceptos relevantes para el área mencionada como “saber”, “inferir”, “(base de) datos”, etc., sino también por su capacidad de abstracción y análisis conceptual.

De lo arriba mencionado se derivan a mi juicio claras directivas para la enseñanza de la filosofía en la academia.

1). La enseñanza de la filosofía debe conllevar a la formación de un profesional, es decir, tiene que estar dirigida a la formación de un individuo capacitado para ejercer cierto tipo de oficios. Esta meta parece ser demasiado utópica, ya que la sabiduría popular nos indica que “la filosofía no sirve para nada”. Desafortunadamente, nosotros mismos como filósofos a veces sucumbimos a la tentación al adoptar esta posición con cierta resignación. Al fin y al cabo ¿qué perspectivas laborales tienen los egresados de la carrera de filosofía?

Aquí es donde deberíamos hacer notar nuestra más profunda y radical oposición. La filosofía profesional sí sirve y sí tiene un valor pragmático particular como oficio o profesión. Probablemente también tengamos que ofrecer nuestros servicios a la sociedad de una manera más agresiva, más convincente. Pero esto no significa que la filosofía no pueda tener fines pragmáticos y una función social dentro del espectro del mercado laboral general, más amplio que el limitado de la producción y distribución cultural.

Esta meta conlleva un aspecto ético que me parece importante mencionar. Los estudiantes que ingresan a la carrera de filosofía son jóvenes y su decisión por la filosofía tiene como contexto la amplitud particular del horizonte adolescente. A los 18 años, mucho es posible, y la perspectiva de una vida con ingresos inciertos puede parecer tolerable frente a los beneficios espirituales que promete el estudio. Sin embargo, después del estudio las responsabilidades aumentan y el horizonte se achica respectivamente. Los años en efecto no pasan en vano. Nuestros estudiantes, tarde o temprano, van a tener que asumir responsabilidades también económicas. Dentro de este contexto, me parece de fundamental importancia para nosotros como educadores asumir igualmente una cierta responsabilidad con el futuro económico de nuestros estudiantes. Pienso que deberíamos combatir la concepción romántica del estudio de la filosofía como mero enaltecimiento espiritual, y procurar brindar un estudio que también capacite al estudiante de una manera más general, de modo que le abra la posibilidad de una vida no solamente espiritual sino también materialmente digna. En mi opinión, ésta es una de nuestras más importantes funciones sociales como filósofos y educadores profesionales.

2). La segunda meta es la de orientar la enseñanza de la filosofía más hacia una sólida formación metodológica, que hacia un canon de contenidos o una historia de las ideas. Esta meta realmente se deriva de la primera. Si la formación

filosófica ha de tener un valor práctico en la sociedad contemporánea, entonces debe ser lo suficientemente flexible y general como para poder responder adecuadamente a los retos - de por si imprevisibles - de la "praxis filosófica".

Si, para construir un ejemplo hipotético pero no muy alejado de la realidad, el destino le depara a un filósofo trabajar en la administración pública, de poco le servirá saber de Platón, o para tal efecto saber de Kant, o de Russell, o de Quine, o de Carnap. Sin embargo, deseamos suponer que el estudio de la filosofía lo ha capacitado de manera particular para cumplir sus funciones no sólo cabalmente, sino también con un criterio de calidad superior. Esto significa que deberá estar en condiciones de analizar los problemas específicos de su tarea, encontrar las raíces de ellos y formular marcos conceptuales que solucionen los problemas. En otra palabras, de actuar como pensador profesional. Me parece evidente que una formación metodológica sólida constituye el camino más prometedor hacia la formación de tales "pensadores profesionales".

En términos generales, entonces, abogo por una concepción de la filosofía profesional como oficio o "artesanía". Es verdad que la filosofía no podría subsistir sin un elemento de inspiración y talento. Pero desde el punto de vista de la enseñanza de la filosofía, no podemos confiar en el solo talento. Cuando a Tomás Alva Edison le preguntaron cómo hacia para ser tan genial, respondió que su genialidad consistía en un 90% de sudor y un 10% de inspiración . Si aplicamos esta sabiduría a nuestro análisis, podemos deducir que si aplicamos y exigimos un 95% de "sudor", es decir, de elemento artesanal, podremos llegar bastante lejos. En tales condiciones, el talento vendrá y se hará notar por sí solo.

Parece paradójico entonces, desde la perspectiva de nuestros prejuicios culturales, que esté abogando a favor de una filosofía sin Schopenhauer, para retomar nuestro ejemplo inicial. ¿Pero será posible una filosofía sin Schopenhauer? Volvamos a considerar la fecha que hoy celebramos. El Departamento de Filosofía cumple 50 años de existencia, y si observamos detalladamente su razón de fundación como centro de enseñanza laica de la filosofía y el desarrollo de sus planes curriculares, notamos que en efecto el Departamento tiene un desarrollo que claramente apunta hacia la profesionalización de la filosofía más como oficio que como arte. Y, como he tratado de argumentar en estas cortas líneas, esto hace que el Departamento sea un sitio tan especial para estar.

Muchas gracias.